

DEHRA DUN, INDIA

1852

680 metros

Lejos de las montañas, en invierno, descubrí la borrosa fotografía del Everest en el Libro de las maravillas, de Richard Halliburton. Era una reproducción malísima donde los serrados picos emergían blancos contra un cielo grotescamente renegrido. El Everest, al fondo de los primeros picos, ni siquiera parecía más alto, pero daba igual. Lo era: así lo decía la leyenda. Los sueños eran la clave que permitía al muchacho acceder a la fotografía, pisar la ventosa cresta, subir hacia la cumbre, cada vez más cercana...

Se trataba de uno de esos sueños desinhibidos que se emancipan al llegar a la madurez. Estaba seguro de que el mío era un sueño compartido; el punto más alto de la Tierra, el inalcanzable Everest, ajeno a toda experiencia, estaba allí para que chicos y grandes codiciaran escalarlo.

*Thomas F. Hornbein
Everest: The West Ridge*

El acrecentamiento del mito ha oscurecido los pormenores del evento. Pero corría el año 1852 y el escenario fueron las oficinas del Servicio de Topografía Trigonométrica de la India colonial en la estación de Dehra Dun. Según la versión más verosímil, un empleado entró

corriendo en las dependencias de sir Andrew Waugh, topógrafo general de India, exclamando que un agrimensor bengalí llamado Radhanath Sijdar, que trabajaba en el gabinete topográfico de Calcuta, había «descubierto la montaña más alta del mundo». Designada tres años atrás con el nombre de Pico XV por los primeros topógrafos que habían medido sobre el terreno su ángulo de elevación con un teodolito de 24 pulgadas, la montaña en cuestión se destacaba del espinazo himalayo en pleno reino prohibido de Nepal.

Hasta que Sijdar compiló las mediciones e hizo los cálculos trigonométricos, nadie había sospechado que el Pico XV tuviera nada de especial. Los seis emplazamientos desde los que se había triangulado la cumbre se hallaban en el norte de India, a más de ciento cincuenta kilómetros de la montaña. Para los topógrafos que realizaron los primeros cálculos, el Pico XV, a excepción de su cúspide propiamente dicha, quedaba velado en primer plano por varias montañas que daban la impresión de ser mucho más altas. Pero conforme a los meticulosos cálculos trigonométricos de Sijdar (que tuvo en cuenta factores como la curvatura de la Tierra, la refracción atmosférica y la desviación de la plomada), el Pico XV medía 8.840 metros sobre el nivel del mar³, el punto más elevado de todo el globo.

En 1865, nueve años después de que los cálculos de Sijdar fueran confirmados, Waugh puso el nombre de monte Everest al Pico XV en honor de sir George Everest, su predecesor como topógrafo general. De hecho, los tibetanos que vivían al norte de la gran montaña ya le

³. El láser y las transmisiones vía satélite Doppler han permitido revisar las mediciones iniciales hasta situar la altitud en 8.848 metros.

habían dado un nombre bastante más melifluido, Yomolungma, que significa «diosa-madre del mundo», y los nepaleses que vivían al sur lo llamaban Sagarmatha, o «diosa del cielo». Pero Waugh decidió hacer caso omiso de esos apelativos indígenas (así como de la política oficial tendente a fomentar la conservación de nombres locales o antiguos) y en Everest se quedó.

Refrendado el Everest como cima más alta de la Tierra, sólo era cuestión de tiempo el que alguien decidiese que era preciso escalar ese pico. Después de que el explorador estadounidense Robert Peary afirmara haber alcanzado el Polo Norte en 1909 y que Roald Amundsen guiase una expedición noruega al Polo Sur en 1911, el Everest —el llamado Tercer Polo— se convirtió en el más codiciado objeto de la exploración terrestre. Coronar su cima, proclamaba Gunther O. Dyrenfurth, un influyente alpinista y pionero del montañismo himalayo, era «un empeño de carácter universal, una causa que no contempla volverse atrás por más pérdidas que pueda exigir».

Pérdidas, dicho sea de paso, que no serían insignificantes. A partir del descubrimiento de Sijdar en 1852, harían falta las vidas de veinticuatro hombres, los esfuerzos de quince expediciones y el paso de 101 años para que el ser humano pusiera el pie en la cumbre del Everest.

Entre montañeros y otros conocedores de las formas geológicas, el Everest no está considerado un pico particularmente bonito. Demasiado rechoncho, demasiado ancho de manga. Pero lo que le falta en gracia arquitectónica, lo compensa con su grandiosidad.

Frontera natural entre Nepal y Tíbet, erguido a más de tres mil seiscientos metros sobre los valles, el Everest es una pirámide triangular de hielo resplandeciente y roca estriada y oscura.

Las primeras ocho expediciones al Everest fueron británicas, y todas ellas atacaron la cima desde la cara norte, la tibetana, no tanto porque fuera el camino menos abrupto cuanto porque, en 1921, el gobierno tibetano decidió abrir sus fronteras a los extranjeros, mientras que Nepal seguía siendo territorio prohibido.

Los primeros expedicionarios se veían obligados a caminar seiscientos cincuenta duros kilómetros de meseta tibetana desde Darjeeling para llegar a las estribaciones de la montaña. Su conocimiento de los efectos letales del exceso de altura era escaso, y su equipo, penosamente inadecuado comparado con el actual. Pero en 1924 un miembro de la tercera expedición británica, Edward Felix Norton, llegó a una altura de 8.560 metros –sólo 288 por debajo de la cima– antes de que la fatiga y el deslumbramiento debido a la nieve lo vencieran. Fue una hazaña asombrosa que probablemente nadie superó en veintinueve años.

Digo «probablemente» por lo que se supo cuatro días después del intento de Norton. Al amanecer del día 8 de junio, otros dos miembros del equipo británico de 1924, Gordon Leigh Mallory y Andrew Irvine, partieron del campamento alto camino de la cumbre.

Mallory, cuyo nombre está estrechamente ligado al Everest, fue el motor de las tres primeras expediciones al pico. Durante unas conferencias que dio en Estados Unidos, acuñó la célebre frase «Porque está ahí» cuando un periodista fastidioso quiso saber la razón que lo impulsaba a subir al Everest. En 1924 Mallory contaba treinta y ocho años, era maestro de escuela, estaba casado y tenía tres hijos pequeños. Típico producto de la alta sociedad inglesa, era también un esteta idealista con una sensibilidad positivamente romántica. Su aspek-

to atlético, su trato mundano y su extraordinaria apos-tura lo habían convertido en favorito de Lytton Strachey y el grupo de Bloomsbury. Acampados en el Everest, Mallory y sus compañeros leían en voz alta fragmentos de *Hamlet* y *El rey Lear*.

El 8 de junio de 1924, cuando Mallory e Irvine ascendían afanosamente hacia la cima del Everest, la niebla empezó a arremolinarse en torno a la cúspide piramidal, impidiendo a los compañeros que estaban más abajo verificar el avance de los dos alpinistas. A las 12:50, las nubes se abrieron momentáneamente, lo cual permitió a Noel Odell, un miembro del equipo, divisar breve pero claramente a Mallory e Irvine en lo alto del pico, con cinco horas de retraso con respecto al tiempo previsto pero «avanzando con rapidez» hacia la cumbre.

Aquella noche, sin embargo, los dos alpinistas no regresaron a su tienda, y ya nadie volvió a verlos. Desde entonces se ha discutido mucho sobre si uno de los dos, o ambos, hicieron cima antes de que la montaña los tragase y se convirtieran en leyenda. La evidencia sugiere que no. En cualquier caso, la falta de pruebas tangibles ha hecho que no hayan pasado a la historia como los primeros en conquistar la montaña.

En 1949, tras siglos de inaccesibilidad, Nepal abrió sus fronteras al mundo exterior, y un año después el nuevo régimen comunista chino cerró Tíbet a los extranjeros. Ello obligó a intentar las aproximaciones al pico por su vertiente sur. En la primavera de 1953 un numeroso equipo británico, organizado con el celo y los recursos propios de una campaña militar, se convirtió en la tercera expedición que atacaba el Everest desde Nepal. El 28 de mayo, tras dos meses y medio de

prodigiosos esfuerzos, lograron establecer un precario campamento en la arista Sureste, a 8.500 metros de altitud. A primera hora del día siguiente Edmund Hillary, un neozelandés larguirucho, y Tenzing Norgay, un montañero sherpa muy experimentado, partieron rumbo a la cima respirando oxígeno embotellado.

Hacia las nueve habían ganado ya la Antecima y tenían ante sí la cresta increíblemente angosta que conducía a la cima propiamente dicha. Una hora más de camino los llevó a lo que Hillary describiría como «el obstáculo más formidable de la ascensión, un escalón de roca de unos doce metros de alto [...] La roca en sí, lisa y sin apenas agarres, habría sido un interesante pasatiempo dominical para unos alpinistas expertos en pleno Lake District, pero aquí arriba era una barrera imposible de vencer con nuestras menguadas fuerzas».

Mientras Tenzing iba dando cuerda desde abajo, Hillary se afianzó en una oquedad entre la pared de roca y un saliente de nieve vertical. Luego empezó a trepar por lo que más tarde sería bautizado con el nombre de escalón Hillary. La ascensión fue extenuante e imperfecta, pero el neozelandés persistió. Como escribiría después:

Finalmente conseguí llegar arriba y arrastrarme fuera de la grieta hasta salir a un amplio resalte. Me tumbé unos momentos para recobrar el resuello y, por primera vez, experimenté la clara sensación de que ya nada podía impedirnos conquistar la cima. Me afiancé en el saliente e indiqué a Tenzing que subiera. Mientras yo tiraba con fuerza de la cuerda, Tenzing fue trepando por la grieta hasta dejarse caer exhausto arriba, como el pez gigante que acaba de ser izado del mar tras una lucha terrible.

A pesar de la fatiga, los alpinistas escalaron la ondulante cresta. Hillary se preguntaba,

si nos quedarían fuerzas para llegar arriba. Al rodear otro escollo, vi que la ladera caía a pico, lo que nos permitía divisar Tíbet. Alcé los ojos y justo encima de nosotros había un cono de nieve redondeado. Unos cuantos golpes de piolet, unos cuantos pasos dados con cautela, y Tensing [sic] y yo estuvimos en la cima

Así, poco antes del mediodía del 29 de mayo de 1953, Hillary y Tenzing se convirtieron en los primeros hombres en pisar la cumbre del Everest.

Tres días más tarde, la noticia de la ascensión llegaba a oídos de la reina Isabel en vísperas de su coronación, y el londinense *The Times* se hacía eco de la gesta en la primera edición del 2 de junio. El despacho había sido enviado desde el Everest como mensaje radiofónico en clave (para que los posibles competidores no le pisaran la exclusiva a *The Times*) por un joven corresponsal llamado James Morris, que, veinte años después y en posesión de una cierta fama como escritor, cambiaría de sexo y de nombre de pila, haciéndose llamar Jan. Tal como Morris escribía cuatro décadas después de la escalada en *Coronation Everest: The First Ascent and the Scoop that Crowned the Queen*,

Resulta difícil imaginar ahora el casi místico gozo con que fue recibida en Gran Bretaña la coincidencia de los dos hechos [la coronación y la ascensión al Everest]. Saliendo por fin de la austeridad que los había asediado a partir de la Segunda Guerra Mundial, y debiendo afrontar a la vez la pérdida de su vasto imperio y el inevitable declinar de su poder en el mundo, los británicos casi se habían convencido de que la

subida al trono de la joven reina presagiaba un renacer, o una “nueva era isabelina”, como la prensa gustaba de llamarlo. El día de la coronación, 2 de junio de 1953, debía ser una jornada de simbólica esperanza en la que el patriotismo británico había de hallar un momento de expresión suprema, y, oh maravilla, ese mismo día llegaban noticias procedentes de distintos lugares (de las fronteras del viejo imperio, nada menos) acerca de que un equipo de alpinistas británicos [...] había conquistado el último objetivo de la exploración y la aventura, la cima del mundo. [...]

El hecho dio pie a un verdadero aluvión de magnas emociones: orgullo, patriotismo, nostalgia por los años perdidos de la guerra y las acciones osadas, esperanza en un futuro rejuvenecido [...] Todavía hay personas que recuerdan como si fuera hoy el momento en que, mientras esperaban bajo la llovizna londinense el cortejo de la coronación, oyeron la mágica noticia de que la cima del mundo era, por así decir, suya, de los británicos.

Tenzing se convirtió en héroe nacional de India, Nepal y Tíbet, dado que los tres países lo reclamaban como ciudadano. Edmund Hillary, nombrado caballero por la reina, vio su imagen reproducida en sellos de correos, tiras cómicas, libros, películas, portadas de revista... De la noche a la mañana, aquel enjuto apicultor natural de Auckland se había vuelto uno de los hombres más famosos del mundo.

Hillary y Tenzing escalaron el Everest un mes antes de que yo fuera concebido, así que no pude compartir la sensación colectiva de orgullo y asombro que embargó al mundo. Un amigo mío, mayor que yo, dice que el acontecimiento tuvo un impacto comparable a la llegada del primer hombre a la luna. Pero fue otra ascensión al Eve-

rest, una década más tarde, lo que en cierto modo marcó la trayectoria de mi vida.

El 22 de mayo de 1963, Tom Hornbein, un médico de treinta y dos años natural de Misuri, y Willi Unsoeld, de treinta y seis, profesor de teología nacido en Oregón, coronaron la cima del Everest por la pavorosa arista Oeste, que nadie había utilizado hasta entonces. Once hombres, en cuatro ocasiones distintas, habían repetido ya la gesta de Hillary, pero la arista Oeste era bastante más difícil que las dos rutas establecidas previamente: el collado Sur y la arista Sureste o el collado Norte y la arista Noroeste. La ascensión de Hornbein y Unsoeld fue –y sigue siendo– considerada con merecimiento una de las grandes proezas del montañismo.

El día en que atacaron la cumbre, los dos estadounidenses tuvieron que escalar una veta de roca escarpada que se desmenuzaba con facilidad, las tristemente célebres Bandas Amarillas. Superar ese escollo exigía una fuerza y una destreza tremendas; nadie había escalado un tramo técnicamente tan difícil a esa altitud. Una vez salvadas las Bandas Amarillas, Hornbein y Unsoeld llegaron a la conclusión de que no podrían bajar por allí, y que la única salida para culminar la empresa sanos y salvos era llegar a la cima y descender por la ruta ya establecida de la arista Sureste, un plan realmente audaz, dado que era tarde, desconocían el terreno y sus reservas de oxígeno disminuían rápidamente.

Hornbein y Unsoeld llegaron a la cima a las 18:15, justo cuando se ponía el sol, y tuvieron que pasar la noche a la intemperie a más de 8.500 metros de altitud –en su momento, el vivac más alto de la historia–. Aunque la noche era fría, por suerte no soplaba el viento. A Unsoeld se le congelaron los dedos de los pies (más tar-

de hubieron de amputárselos), pero los dos alpinistas lograron sobrevivir.

A la sazón, yo tenía nueve años y vivía en Corvallis (Oregón), donde también residía Unsoeld. El montañero era buen amigo de mi padre, y a veces yo jugaba con el primogénito de Unsoeld, Regon, que era un año mayor que yo, y con Devi, un año más pequeño. Pocos meses antes de que Willi Unsoeld partiera hacia Nepal, conquisté mi primera cumbre –un nada espectacular volcán de 2.750 metros en la Cascade Range, al que ahora sube un telesilla– en compañía de mi padre, Willi y Regon. Como no es de extrañar, mi imaginación preadolescente se alimentó en gran medida de aquella épica ascensión al Everest de 1963. Mientras que mis amigos idolatraban a John Glenn, Sandy Koufax y Johnny Unitas⁴, mis héroes eran Hornbein y Unsoeld.

Yo también soñaba con subir algún día a la cima del Everest; durante toda una década fue una idea casi obsesiva para mí. A los veintitantos años, la escalada se había convertido en el centro de mi existencia, excluyendo casi todo lo demás. Alcanzar la cima de una montaña era algo tangible, inmutable, concreto. Los peligros intrínsecos del alpinismo daban a esa actividad un rigor de propósito del que carecía el resto de mi vida. Me emocionaba ante la mera perspectiva que suponía forzar constantemente una existencia por lo demás vulgar.

Escalar daba asimismo un sentido de clan. Ser escalador significaba formar parte de una sociedad rabiosamente idealista e independiente, que pasaba inadverti-

⁴: Koufax y Unitas fueron estrellas del béisbol y el fútbol americano, respectivamente, durante los años sesenta. (N. Del T.).

da y era del todo ajena a la corrupción del mundo en general.

La cultura montañera se caracterizaba por una competencia feroz y un machismo sin ambages, pero la mayoría de los escaladores sólo querían impresionarse los unos a los otros. Llegar a la cima de una montaña se consideraba mucho menos importante que la manera de conseguirlo: para ganar prestigio había que ser muy temerario, atacar las rutas más brutales con el mínimo equipo posible. Nadie era tan admirado como el visionario que ascendía absolutamente solo, sin cuerda ni pertrechos.

En aquella época yo no vivía más que para escalar. Subsistía con cinco o seis mil dólares al año, trabajando de carpintero y pescador de salmones hasta que reunía lo suficiente para la siguiente excursión a los Bugaboos, los Tetons o el Alaska Range.

Pero mediada la veintena, abandoné aquella fantasía juvenil de escalar el Everest. Para entonces se había puesto de moda entre los alpinistas entendidos tachar al Everest de «montón de escoria», un pico sin suficientes desafíos técnicos ni atractivo estético como para que un escalador serio, que era lo que yo aspiraba a ser, se propusiera conquistarlo. El caso es que empecé a mirar la montaña más alta del mundo por encima del hombro.

Semejante esnobismo tenía su raíz en el hecho de que a principios de los años ochenta la vía más fácil para ascender al Everest –por el collado Sur y la arista Sures-te– había sido escalada más de un centenar de veces. Mis colegas y yo llamábamos a la arista Sureste la «ruta del yak». Nuestro desprecio no hizo sino afianzarse cuando en 1985 Dick Bass –un rico texano de cincuenta y cinco años y escasa experiencia como escalador– fue conduci-

do a lo alto del Everest por un extraordinario alpinista joven llamado David Breashears, proeza que despertó gran atención y ninguna crítica por parte de los medios informativos.

Previamente, el Everest había sido, por lo general, terreno exclusivo de los escaladores de élite. En palabras del director de la revista *Climbing*, Michael Kennedy, «ser invitado a una expedición al Everest era un honor que sólo recibía aquel que hubiera hecho un largo aprendizaje en picos menores, y el que llegaba a la cima entraba en el firmamento selecto de las estrellas del alpinismo». La ascensión de Dick Bass lo cambió todo.

Al lograr el Everest, se convirtió en la primera persona que conquistaba las Siete Cimas⁵, gesta que, además de valerle renombre internacional, disparó las visitas de escaladores domingueros ansiosos de seguir el rastro de sus botas y forzó la entrada del Everest en la postmodernidad.

«Para un tipo granadito como yo, Dick Bass fue toda una inspiración», explicaba Seaborn Beck Weathers con su marcado acento texano durante el trayecto hasta el campamento base del Everest en abril de 1996. Patólogo de cuarenta y nueve años y natural de Dallas, Beck era uno de los ocho clientes de la expedición que Rob

⁵. Los picos más altos de cada uno de los siete continentes son: Everest, 8.848 m (Asia); Aconcagua, 6.959 m (Suramérica); McKinley, 6.198 m (Norteamérica); Kilimanjaro, 5.895 m (África); Elbrus, 5.642 m (Europa); Monte Vinson, 5.140 m (Antártida); Kosciusko, 2.230 m (Oceanía). Después de que Bass escalara estos siete picos, un alpinista canadiense llamado Patrick Morrow argumentó que como el punto más alto de Oceanía no es el Kosciusko australiano sino la mucho más difícil cima del Carstensz (5.029 metros) en la provincia indonesia de Irian Barat, no era Bass sino él, Morrow, el primero en lograr la hazaña. El concepto mismo de las Siete Cimas ha sido objeto de críticas basándose en que sería mucho más meritorio escalar el segundo pico más alto de cada continente, que en varios casos son mucho más arriesgados.

Hall guió en 1996. «Bass demostró que el Everest estaba al alcance de la gente de a pie. El mayor obstáculo, dando por sentado que estás más o menos en forma y dispones de ingresos suficientes, es dejar temporalmente el trabajo y abandonar a la familia durante dos meses».

Según demuestran las estadísticas, para muchos escaladores no ha sido un obstáculo infranqueable robarle tiempo a la rutina diaria ni hacer un gran desembolso de dinero. En los últimos cinco o seis años, el tráfico de escaladores en las Siete Cimas, pero sobre todo en el Everest, ha aumentado de manera vertiginosa. Haciendo frente a la demanda, el número de empresas que ofrecen ascensiones guiadas a las Siete Cimas, y especialmente al Everest, también se ha multiplicado. En la primavera de 1996 había una treintena de expediciones en las faldas del Everest, y al menos diez eran aventuras con afán de lucro.

El gobierno nepalés advirtió que la masiva afluencia de montañeros al Himalaya originaba serios problemas de seguridad, de estética y de impacto sobre el medio ambiente.

Finalmente, los ministros nepaleses dieron con una solución que parecía garantizar la no masificación al tiempo que incrementaba el flujo de divisas fuertes a las exiguas arcas de la nación: aumentar la tarifa de los permisos de escalada. En 1991 el Ministerio de Turismo cobraba dos mil trescientos dólares por un permiso para subir el Everest sin límite de personas; en 1992 la tarifa aumentó a diez mil dólares por equipo de hasta nueve escaladores, y un plus de mil doscientos dólares por cada miembro más.

A pesar de la subida de tarifas, el Everest seguía atrayendo verdaderos enjambres de alpinistas. En la pri-

mavera de 1993, con motivo del cuadragésimo aniversario de la primera ascensión, quince expediciones, con un total de 294 escaladores, intentaron atacar el pico por la vertiente de Nepal. Aquel otoño el ministerio subió una vez más la tarifa: la escandalosa cifra de cincuenta mil dólares por un máximo de cinco escaladores, más diez mil por cada montañero adicional hasta un máximo de siete. El Gobierno decretó asimismo que no se autorizarían más de cuatro expediciones por temporada desde las laderas de Nepal.

Lo que el gobierno nepalés no tuvo en cuenta fue que China sólo cobraba quince mil dólares por dejar que un equipo sin limitación de miembros escalara la montaña desde Tíbet, y que no limitaba el número de expediciones por temporada. La riada de alpinistas cambió Nepal por Tíbet, dejando a centenares de sherpas sin trabajo. Las protestas subsiguientes lograron que en la primavera de 1996 Nepal revocara repentinamente el límite de cuatro expediciones. Y ya que estaban en ello, el Gobierno volvió a subir las tarifas, que pasaron a ser de setenta mil dólares por un máximo de siete escaladores, más otros diez mil por cada escalador extra. A juzgar por el hecho de que dieciséis de las treinta expediciones al Everest de aquella primavera atacaron la vertiente nepalesa de la montaña, no parece que el elevado precio del permiso fuera un gran impedimento.

Antes incluso de lo que acaeció en la temporada premonzónica de 1996, la proliferación de expediciones comerciales durante la pasada década era ya un tema peliagudo.

Los tradicionalistas se echaban las manos a la cabeza al comprobar que el techo del mundo estaba siendo vendido a unos advenedizos con dinero, gente que, sin

la ayuda de los guías, habría tenido problemas incluso para escalar un pico tan modesto como el Monte Rainier⁶. Para los puristas, el Everest había sido profanado.

Las críticas señalaban también que, gracias a la comercialización del Everest, un pico antaño sagrado había sido arrastrado hasta el pantanoso terreno de la jurisprudencia estadounidense. Después de pagar cuantiosas sumas para que los acompañasen debidamente hasta la cima, ciertos escaladores habían demandado a sus guías por no conseguir su objetivo. «De vez en cuando te sale un cliente que cree haber comprado un billete a la cima –se lamentaba Peter Athans, reputado guía que ha participado en once viajes al Everest, alcanzando su cima en cuatro ocasiones–. Hay gente que no entiende que una expedición al Everest no puede funcionar como los trenes suizos».

Por desgracia, algunos de estos pleitos están justificados. Agencias ineptas o desacreditadas han fracasado en más de una ocasión a la hora de aportar el soporte logístico crucial prometido (por ejemplo, botellas de oxígeno). En algunas expediciones los guías han subido a la cima sin sus clientes, por lo que éstos han llegado a la conclusión de que sólo habían sido utilizados para pagar la factura. En 1995, el jefe de una expedición comercial se fugó con varios millares de dólares de sus clientes antes de iniciarse el viaje.

En marzo de 1995 un redactor de la revista *Outside* me telefoneó para proponerme participar en una expedición guiada al Everest que debía partir en el plazo de cinco días, y escribir un artículo sobre la drástica comercialización de la montaña y los conflictos intrínse-

⁶ De 4.394 metros de altitud, está situado en el estado de Washington.

cos. La revista no pretendía que yo escalara el pico; sus directores sólo querían que me quedara en el campamento base e hiciera mi crónica desde el glaciar de Rongbuk, en las estribaciones de la vertiente tibetana. Sopesé la oferta cuidadosamente –llegué incluso a reservar un vuelo y vacunarme de todo lo necesario–, pero en el último momento me eché atrás.

Dado el desdén que yo había mostrado por el Everest durante años, se podría pensar que decliné la oferta por una cuestión de principios. La verdad es que la llamada de *Outside* había despertado en mí un poderoso y bien sepultado deseo. Si dije “no” al encargo fue sólo porque creí que sería muy frustrante pasar dos meses a la sombra del Everest sin subir más allá del campamento base. Si debía viajar a la otra punta del globo y estar ocho semanas lejos de mi esposa y mi casa, quería tener la oportunidad de hacer cumbre.

Pregunté a Mark Bryant, el director de *Outside*, si era posible aplazar un año el encargo (en ese tiempo podría prepararme físicamente para la expedición). Pregunté asimismo si la revista podría apuntarme a una de las agencias de guías más famosas (y correr con el gasto de 65.000 dólares) facilitándome así la posibilidad de llegar a la cima. Yo no esperaba que Bryant aceptase mi plan. En los quince años precedentes había escrito para *Outside* más de sesenta artículos, y el presupuesto para viajes rara vez había superado los dos mil o tres mil dólares.

Bryant me telefoneó al día siguiente, tras haber hablado con el editor de *Outside*. Me dijo que la revista no estaba dispuesta a aflojar sesenta y cinco mil dólares, pero que él y el resto del consejo de redacción pensaban que la comercialización del Everest era una historia que

valía la pena. Si yo tenía intención de escalar la montaña, insistió, la revista encontraría el modo de facilitarme las cosas.

Durante los treinta y tres años en que me consideré a mí mismo escalador, emprendí algunos proyectos difíciles. En Alaska había abierto una difícil ruta de acceso a la Moose Tooth y superado un ascenso en solitario al Devils Thumb (tres semanas a solas en un remoto casquete de hielo). Había realizado en Canadá y Colorado unas cuantas escaladas sobre hielo realmente difíciles. Cerca del extremo meridional de Suramérica, donde el viento barre la tierra como «la escoba de Dios», como dicen los lugareños, había escalado el cerro Torre, una aterradora aguja de granito vertical; vapuleada por vientos de cien nudos y cubierta por una capa frangible de escarcha atmosférica, antaño (que ya no) se la consideró la montaña más invencible del mundo.

Pero estas aventuras habían ocurrido años y hasta décadas atrás, cuando tenía entre veinte y cuarenta años. Ahora, a los cuarenta y uno, ya no me encontraba en mi mejor forma, tenía canas en la barba, las encías en mal estado y siete kilos de más adornando mi cintura. Estaba casado con una mujer a la que quería con pasión, y que me correspondía. Tras dar con una profesión más o menos tolerable, por primera vez en mi vida estaba por encima del umbral de la pobreza. Resumiendo, mi avidez por escalar había quedado menguada por una serie de pequeñas satisfacciones que, en conjunto, sumaban algo parecido a la felicidad.

Ninguna de mis ascensiones, por lo demás, me había llevado a alturas realmente grandes. A decir verdad, no había subido a más de 5.250 metros, altitud inferior a la del campamento base en el Everest.

Como voraz estudioso de la historia del alpinismo, sabía que el Everest se había cobrado más de ciento treinta vidas humanas desde la primera visita británica, en 1921 –aproximadamente un muerto por cada cuatro escaladores que habían coronado la cima–, y que muchos de los que allí habían perecido eran más fuertes y poseían mucha más experiencia que yo. Pero descubrí que los sueños infantiles se resisten a morir. A finales de febrero de 1996, Bryant me llamó para decir que me había conseguido una plaza en la próxima expedición de Rob Hall al Everest. Cuando me preguntó si estaba seguro de querer seguir adelante, le dije que sí sin pararme a meditar mi respuesta.